

CLUB DEL MISTERIO

RICHARD S. PRATHER



**EL SABUESO
Y LA DAMA**

43



Shell Scott, el detective privado de Los Angeles, llegó al Pelican Club siguiendo la pista de Isabel Mary Ellis, la hija de su acaudalado cliente, desaparecida de su casa sin dejar rastros. Tras ella se habían perdido, asimismo, los pasos de Carter, el primer pesquisante enviado por su padre. Nada se sabía de ambos. Y el único medio que Scott tenía para hallar su paradero era hablar con Dulce Lorraine, que todas las noches bailaba la Danza del Fuego ante los parroquianos del Pelican. Pero ella tenía sus motivos para evitar una conversación que resultaba demasiado peligrosa.

Scott, sin embargo, sabía usar adecuadamente no sólo sus puños. Y el resultado fué una especie de vértigo, en el cual se mezclaban el cielo y el infierno, las falsas rubias platinadas y los ex pensionistas de San Quintín.

ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

Shell Scott, *el héroe (con mayúsculas).*

Dulce Lorraine, *bailó la "Danza del fuego" de una manera que a Shell...*

William Carter, *un detective que sabía demasiado.*

Harvey Ellis, *un pensionista de San Quintín.*

Colleen Shawn, *una pelirroja que parece tímida.*

Dante, *tiene un verdadero infierno de su propiedad.*

"Pelos de matorral", *el antihéroe.*

Crystal Claire, *se sospecha que su melena platina-da no puede ser natural.*

La iluminaba un reflector pequeño. Cuando entré vi que estaba completamente vestida, pero me di cuenta de que no tenía intención de conservar sus ropas. Lo supe por la forma en que se estaba moviendo. Lo supe porque conocía ese tipo de movimiento. Era una danza. Y me alegré porque fuese ese tipo de danza.

Faltaba poco para la una. Luego de pasar bajo el toldo oscuro del Pelican Club, en Gardena, a doce millas al sur de Los Angeles, había encontrado al mozo a quien telefonara por la tarde. Le dije que yo era Shell Scott. Le entregué sus benditos diez dólares y lo seguí hasta una mesita situada junto a la pista de baile. Había pagado esa suma para poder conseguir esa ubicación privilegiada. Nadie advirtió mi presencia.

El traspunte, o el dueño, o algún otro idiota debió haber colocado un micrófono fuera del escenario y decía que se había cumplido con todas las disposiciones contra incendios, que había gente con extinguidores. Que no había nada, absolutamente nada que temer.

Si no hubiese venido específicamente a charlar con la beldad que se mecía a unos metros de distancia, habría dado media vuelta, reclamado mis diez dólares y mandado todo al diablo. Porque pensé que si los chistes eran tan viejos y aburridos, la danza tendría que ser un minué en lugar de lo que había imaginado.

Alcancé a oír al idiota que decía algo sobre una danza del fuego. Luego gritó, alegremente:

—¡... y aquí está!

Caramba, ella ya hacía dos minutos que estaba en el escenario. Qué diablos... Pero al fin comprendí que lo que creyera un chiste imbécil no era chiste siquiera. La voz anónima había estado tratando de crear suspenso. Tensión artificial. Y había recurrido a la vieja hipérbole de los espectáculos de feria. Había un poco de fuego, sí, pero no era como para llamar a los bomberos.

El mozo me trajo el whisky y el agua en un suspiro. Probablemente él también quería mirar. Y apenas tuve tiempo para acomodar mi metro ochenta y cinco en la silla, volver a mirar el lugar y alcanzar a beber un sorbo de mi vaso antes de que la dama bien formada comenzara realmente con su rutina. Entonces perdí interés en todo lo demás. En ese momento pensé que necesitaba un trago, pero hubiera tomado más de uno antes de que ella terminara con su baile.

Este era el espectáculo principal del último "show" y ya estaban montados unos complicados practicables. Mi mesa estaba situada en una de las esquinas de la pista de baile y podía mirar el estrado donde tocaba la orquesta. No pude verla porque uno de los decorados era un paño enorme o papel de escenografía de casi cinco metros cuadrados colocado enfrente de los músicos. El decorado estaba crudamente pintado de rojos y verdes y amarillos con una figura de ídolo enorme y obsceno parecido a Buda, sentado con las piernas cruzadas, con sus manos carnosas abrazando el abdomen distendido. Y de este lado del fondo pintado, levantándose hasta unos setenta o noventa centímetros del suelo, había una especie de muralla invisible por la luz del reflector azul. Detrás de ella y extendiéndose por todo el piso, a mi izquierda y a mi derecha, bailoteaban veinte o treinta finos dedos de fuego. Posiblemente se trataba de gas natural o de otro combustible, pero todo el conjunto apenas si producía más llamas que una caja de fósforos. Y, no obstante todo, la chica que ondulaba bañada por la luz azul del reflector delante del ídolo que la dominaba, las llamas que brillaban entre ella y el ídolo, era muy efectivo.

Ahora se deslizaba sobre el pulido piso de la pista hacia mi mesa. Pude mirarla de cerca. Todo lo que sabía era que estaba anunciada como "Dulce Lorraine", que interpretaba una especie de danza y que ésta era la joven deliciosa con quien había venido a hablar y que nunca, en la

historia de *Sheldon Scott, Investigaciones*, había empezado un caso en forma más interesante. Porque Lorraine lo estaba haciendo muy interesante.

Era amplia de caderas y de pechos llenos como los de una ilustración de Ben Stahl sobre una mujer lasciva bailando en el infierno. Y si ella hubiese danzado así en el infierno, el mismo Diablo hubiera aplaudido. Medía uno sesenta y cinco, estaba tan cerca que fácilmente pude ver que estaba vestida con una especie de *sarong* apretado en las caderas. Espesos y abundantes cabellos negros flotaban sobre sus hombros, sus labios abultaban, sus pechos abultaban, sus caderas se alborotaban en el *sarong* y a mí me gustan los alborotos.

Detrás, la orquesta ejecutaba con suavidad un ritmo grave con los cobres con sordina, con plumerillos en los tambores; y de pronto reconocí el número. Hasta entonces no lo había reconocido porque nunca lo había oído tocar de esa forma, pero siempre creí que era sensual como el infierno, especialmente al final. Y coincidía con el espectáculo, porque se trataba de "Danza ritual del fuego", de Manuel de Falla.

Pude oír los pies desnudos de Lorraine arrastrándose y golpeando el piso. Se quitó el *sarong*, retorciéndose, contorsionándose, agitando los hombros y, no sé cómo pude advertirlo, sonriendo como si estuviese pasando por un momento feliz. Se alzó en punta de pies con sus brazos entrecruzados sobre su cabeza y así se quedó durante un instante.

¿Y qué diablos es esto?, pensé. Estuvo muy bueno, ¿pero eso fué todo? La danza me pareció demasiado corta, y los decorados demasiado complicados para un número tan breve.

De pronto, y con un susurro que se transformó en rugido, las llamitas que estaban detrás de ella se convirtieron en antorchas que treparon por el aire y ondularon y azota-

ron de rojo al gran ídolo pintado y al cuerpo de la muchacha.

Seguía en la misma posición que tenía cuando se apagó el reflector, en punta de pies, con sus brazos sobre la cabeza, pero había cambiado el corpiño por un puñadito de flecos metálicos que brillaban al reflejar la luz como polvo de oro. Estuvo quieta sólo un instante, mientras aumentaba el pulso de la música detrás suyo y las antorchas seguían trepando y las sombras mordían su carne blanca. Entonces empezó a mecer sus hombros a un lado y a otro, su cuerpo brilló apenas al moverse en medio del resplandor bermejo que hacía de iluminación.

Ya no supe si seguía sonriendo, porque no miré su rostro. Y yo no estaba sonriendo. Estaba apretando los dientes. En ese momento ella empezó realmente con su danza y me olvidé que estaba en el Pelican Club, en los alrededores de Los Angeles, me olvidé que empezaba un nuevo caso y me olvidé de todo, salvo de la mujer salvaje que estaba en la pista de baile a unos metros de distancia.

Porque era una mujer salvaje: salvaje, completamente salvaje que contraía y giraba y arqueaba su cuerpo en una danza que, gradualmente, perdió su encanto y se convirtió en una mezcla salvaje, desnuda, de música vibrante, de carne que se estremece y de lenguas de fuego. Dejó de ser una graciosa sucesión de movimientos que se unían fluidamente unos con otros. Se convirtió en una desesperada, frenética serie de movimientos, cada uno más violento que el anterior. Fué un ataque a la carne, un insulto a los sentidos. Era un don de una mujer, no una entrega, y las llamas la siguieron cuando se deslizó suavemente hacia el piso, agitando su cuerpo, temblando, haciendo vibrar sus manos. Y quedó apoyada sobre su espalda, con los brazos aplastados contra la madera pulida, las palmas hacia abajo. De pronto, las llamas saltaron bien alto en el aire y la música chilló en un desacorde menor, mientras ella finalizaba la danza que tan absorta había tenido a toda

la concurrencia del Pelican Club, que aplaudió con gran entusiasmo. Quedó inmóvil en el silencio perfecto del salón, mientras los instrumentos suspiraban y callaban uno a uno, las llamas se extinguieron violentamente y todo quedó a oscuras.

La oscuridad fué completa durante un momento y no hubo muchos aplausos. Quizá todos se sentían débiles como para poder gastar un poco de energía. Yo mido uno ochenta y cinco, peso noventa y seis quilos, no tengo grasas superfluas y me sentía muy débil. Cuando se encendieron nuevamente las luces, habían desaparecido los practicables y la danzarina. Me sentía enajenado, pero seguía apretando mi vaso con bebida. Estaba casi lleno. Lo vacié.

Así que ésta, pensé, era Lorraine, la mujer con quien había venido a hablar. Y me pareció que no tendría dificultades en conseguir la información que venía a pedirle. Porque Lorraine me había dado la impresión de una muchacha incapaz de conservar secretos.

Suspiré. Todo había empezado porque J. Harrison Bing quiso que encontrara a su hija, y si el caso seguía tan interesante como hasta ese momento, me daría lástima cobrarle. Hubiera trabajado cobrando nada más que los gastos, pero Lorraine me pareció demasiado costosa.

El lugar volvía a vivir porque la pista de baile estaba habilitada. En el Pelican cabían unas doscientas personas sentadas y casi todas las mesas estaban ocupadas. La gente estaba vestida de cualquier forma, porque estábamos en el sur de California, empezaba la mañana del 10 de mayo del 1951 y hacía bastante calor. Me di cuenta de que la mayor parte de las mesas que rodeaban la pista estaban ocupadas por gente mayor, y que de los cuatro hombres que estaban sentados en las dos mesas de mi izquierda y derecha, tres eran calvos. Me sentí un poco fuera de lugar. Primero porque no soy viejo: tengo treinta años. No soy calvo ni nada por el estilo, aunque mis cabe-

llos cortos son tan blancos que alguna vez llegaron a pensar que lo era. Pero es cabello de veras, y es mío, como lo son las cejas que se elevan en ángulo curioso sobre mis ojos grises y luego caen en los extremos en forma tan rara que alguna vez me dijeron que las había comprado en un negocio de chascos.

La orquesta empezó a ejecutar "Be my Love" y algunas parejas se deslizaron por la pista de baile. Sus giros tranquilos me parecieron aburridos luego de las contorsiones de Lorraine... y entonces recordé. Llamé la atención del mozo y se aproximó. Saqué una de mis tarjetas donde dice *Sheldon Scott, Investigaciones*, con la dirección de mi oficina en el edificio Hamilton, de Los Angeles. En el dorso escribí: "Me gustaría hablar con usted acerca de Isabel Ellis y William Carter durante un instante. ¿De acuerdo? De paso, ¿le gustaría bailar conmigo?" Firmé: Shell Scott. Envolví la tarjeta en dos billetes de un dólar y se la entregué al mozo. Le pregunté si podría llevársela a la danzarina y esperar por su respuesta.

Miró los dos dólares y levantó una ceja.

—Entréguele la tarjeta —le dije.

—Sí, señor. A la señorita Lorraine.

—¡Ajá! ¿Ese es su verdadero nombre?

Titubeó, y aparentemente decidió que esto podría estar incluido en los dos dólares.

—La bailarina se llama Lorraine Mandel, señor. Profesionalmente se la conoce como Dulce Lorraine.

Y eso fué todo lo que consiguió mi dinero, porque dió la vuelta y se fué por detrás del lugar de la orquesta, atravesando un cortinado negro que cubría un pasillo que daba al salón.

Mientras esperaba impacientemente la respuesta, metí las tarjetas en mi cartera, junto con la que me diera el cliente. Era una tarjeta comercial como las mías, pero tenía impreso: J. Harrison Bing, y Bing había tachado con lápiz el número telefónico impreso y había escrito otro, donde

dijo que podría encontrarlo. Casi fui hasta la cabina de teléfonos para agradecerle por haberme enviado al Pelican. Y no era para menos. Me estaba pagando, encima. Y pagando bastante bien: 50 dólares por día y 1.000 de bonificación si llegaba a encontrar a Isabel Mary Ellis, su hija, que había desaparecido misteriosamente.

Estaba instalado en mi departamento en Hollywood con una copa y la "Pesadilla de aire acondicionado", de Henry Miller, cuando apareció. Serían las diez de la noche, aproximadamente, y se presentó a sí mismo. Era bajo, delgado, y guiñaba sus ojos medianos y azules —que escondía bajo unas pestañas dispersas— al hablar. Aunque calculé su edad en unos sesenta años podía tener desde cincuenta para arriba. Me dijo que, pese a que no tenía noticias con regularidad de su hija, desde comienzos del año había dejado de saber de ella y las cartas que le enviara recientemente habían regresado sin que las abrieran. Preocupado, fué desde su domicilio en Inglewood hasta el hogar de Isabel, en Los Angeles, para descubrir que no sólo había vendido la casa, sino que había desaparecido con ropas y valijas sin dejar rastros. Bing había descubierto este hecho apenas el 3 de mayo, menos de una semana atrás. Realmente preocupado, había contratado al día siguiente a un detective privado de Los Angeles, llamado William Carter, para que buscara a su hija. Tres noches después Carter le telefoneó y le dijo que había obtenido una buena pista a través de una bailarina llamada Lorraine en el Pelican Club, donde dijo que Isabel había trabajado últimamente como cigarrera. Al día siguiente Carter lo volvió a llamar desde la Posada del Desierto, en Las Vegas, Nevada, diciendo que el caso comenzaba a dar sus frutos, que estaba por ir a ver a un tal Dante esa misma noche y que volvería a telefonar al día siguiente. Bing, nervioso y casi enfermo de preocupación, obligó a Carter a que le prometiera llamarlo fuera cual fuese el resultado de su entrevista. Desde entonces no hubo más noticias de Carter.

A mí no me hubiese afligido mayormente, pero Bing estaba por estallar y me había venido a ver. Por eso allí estaba yo, dispuesto a hablar con la que Bing describiera como "una especie de bailarina".

El mozo se había ido hacía medio minuto cuando regresó y vino hasta mi mesa. No supe por qué, pero tuve la impresión de que estaba nervioso. O quizá atemorizado por algo. Me dijo:

–Perdone, señor. Pero no desea hablar con usted.

Me asombré:

–¿Usted le entregó la tarjeta?

–Este... sí, señor. Claro...

Quizá se me había ido la mano con la propuesta para bailar. Quizá su sentido del humor fuera menos elástico que ella misma. Le pregunté al mozo:

–¿Le dió alguna razón?

–Ninguna, señor.

Algo andaba mal. Saqué nuevamente mi cartera:

–¿Qué le parece si intenta otra vez? Dígale que...

Pero estaba negando con la cabeza y su mano abierta rechazaba el dinero. Fué la primera vez que vi a un mozo hacer un gesto así. Agregó:

–No, yo... preferiría no ir.

Dió media vuelta y se fué.

Pestañeeé detrás suyo. Ni siquiera me había preguntado si quería otro vaso. Bueno, al diablo con él. Sólo tenía dos pistas para dar con Isabel Ellis, la hija desaparecida de mi cliente, y Lorraine era una de ellas. Y ya que me encontraba allí, trataría de todos modos de hablar con ella. Durante cinco años fui detective privado en Los Angeles y sus alrededores –desde que me dieran de baja en la marina, al cabo de una de las guerras– y sabía que no era el momento de irse hasta que la muchacha no lo dijera personalmente. Y el mozo no había procedido como cualquier mozo.

Me levanté, pasé por detrás del estrado de la orquesta y atravesé los cortinados por los que había pasado el mozo hacía un minuto. Detrás de ellos había un corredor que iba de derecha a izquierda por todo el fondo del Pelican. Estaba escasamente iluminado por pequeñas lamparillas desnudas. Sobre la pared opuesta había tres o cuatro puertas y un individuo alto, con pantalón de sport de gabardina de color castaño, estaba apoyado contra una de ellas.

Fui hasta él y me sonrió. Tenía grandes dientes blancos, labios gruesos y ojos oscuros que me estaban mirando.

Le pregunté:

—¿Este es el vestuario de Lorraine?

Asintió, agitando una masa de cabellos pardos que necesitaban un poco de fijador. Se movían en el aire como si fuesen hierbas y henchían sus sienes como si su cerebro estuviese por estallar. Pero me di cuenta de que no era ésa la razón. Se apoyó totalmente contra la puerta, mirándome de frente; sus anchos hombros cubrían la entrada de lado a lado.

Le dije, amablemente:

—¿Qué tal si se retira de ahí?

Gruñó al responder:

—Yo... creo que no —manteniendo el “yo” durante unos tres segundos antes de soltar el resto.

La sonrisa idiota de su rostro, la respuesta absurda y la forma de contestar me fastidieron.

—Vea, amigo —le dije—, me gustaría llamar a la puerta. Me molestaría tener que llamar a través de su cuerpo.

Sonrió y se apartó. Caminó unos pasos por el corredor y se dió vuelta para mirarme.

—Venga —me dijo, como si estuviese por decirme un secreto—, vamos.

Fué hasta la entrada que daba al club y me llamó con la mano. No pude entender a este individuo. Se detuvo en el

umbral, volvió a llamarme y dijo:

–Venga. Le voy a decir una cosa. Venga, le va a gustar.

Lo seguí. Era un tipo enorme, quizá unos centímetros más bajo que yo, pero sus hombros eran mucho más amplios. Lo estaba midiendo con la mirada, pero pareció que no llegaría a ser necesario. Parecía un hombre que ha empleado demasiado su cerebro. Esa fué la impresión que me causó en aquel momento, lo que demuestra cuán equivocado estuve.

Una vez dentro de la sala principal del club se detuvo y me preguntó:

–Usted... ¿Scott?

–Sí. ¿Cómo diablos lo sabe? –Soy fácil de reconocer por mis cabellos, cejas y estatura y porque tengo la nariz un tanto torcida, pero era obvio que debió de haber leído la tarjeta que enviara con el mozo. Probó que esa deducción era correcta sacando la tarjeta del bolsillo delantero de su saco. La rompió en dos y me entregó los fragmentos. No me explicó el porqué, se limitó a sonreír y preguntarme:

–¿Cuál es su mesa, Scott?

No tenía miedo de este tipo, pero lo seguí. Siempre me gusta llegar lejos. No habíamos llegado al punto en que prefiero retirarme. Le señalé con la cabeza la mesita, él se acercó a ella y se sentó, en la silla extra. Fui hasta allí, me señaló la otra silla:

–Siéntese, Scott.

–Basta, joven. ¿Qué clase de pantomima es ésta? ¿Quién se cree que soy para andar llevándome de aquí para allá?

–No le toco ni la pierna, Scott –respondió, con jovialidad–. Bueno, vamos. Siéntese un minuto. Quiero hablar con usted.

Me senté. Todavía no podía entender al tipo ese. Empujó el cenicero que tenía delante y se inclinó, sobre la mesa, apoyándose en los codos. Vi que una enorme vena

palpitaba en medio de su frente, donde la piel debía ser completamente lisa. Yo estoy bien tostado por el sol, pero él era un bronce puro. Pasaba mucho tiempo al aire libre.

Volvió a sonreír y explicó:

—Ahora quédese aquí.

—¿Qué?

—Lo que oyó —su voz era amable—. Usted no quiere ir a ver a Lorraine.

—¿Y usted quién diablos es? Voy a verla en cuanto terminemos de hablar.

—Cierre la boca, Scott. Déjela cerrada —lo dijo casualmente, pero mi boca se abrió.

Lo miré fijamente durante cinco segundos:

—Usted no habla en serio.

—Claro que hablo en serio —y siguió hablando con una vocecilla cantarina, ligera, voluble como pompas de jabón, pero sus palabras no fueron ligeras—. Ella no quiere verlo, Scott. Está cansada. Usted quédese aquí. O, mejor, váyase corriendo a su casa. ¿Así que usted es Scott? Bueno. Algo oí hablar de usted. No mucho. Nada bueno. Detective, ¿eh? Qué gracioso. Eso sí que es gracioso, compañero. Sí, señor, apártese de Lorraine. O si no, lo estrujaré. Lo estrujaré casi hasta matarlo. Podría casi matarlo, Scott. No, no es así, yo podría matarlo.

Y siguió hablando así con voz suave que debió sonar a murmullo, a monólogo sordo para los de las mesas vecinas. Pero siguió charlando y diciéndome, con una especie de deleite, lo que me haría si es que no iba a mi casa como un chico bien educado. Por fin agregó un par de cosas tontas sobre mis costumbres que me decidieron, mientras miraba a mi alrededor para ver cuánta gente lo advertiría si yo llegaba a matar a ese degenerado allí mismo.

Le dije:

—Un momento, compañero. Cállese un minuto. —Me levanté rápidamente y regresé al vestuario. La orquesta estaba descansando unos instantes por lo que pude cruzar

directamente la pista de baile, y ya estaba a mitad de camino cuando él dejó la silla. Me detuve y lo esperé.

Llegó a mi lado y, por primera vez, su sonrisa había desaparecido:

–Tranquilo –le advertí–. Ya pensó mal.

Le sonreí. Trató de alcanzarme, luego miró a su alrededor y yo atravesé el cortinado negro. Él estaba un poco confundido, como yo estuviera un poco antes. Dos metros dentro del pasillo me detuve, me di vuelta y le dije, en cuanto estuvo cerca:

–Mire, usted no me comprende. Lo siento mucho por esto, pero... –y dejé de hablar mientras él me contemplaba. Lo estaba mirando tan tranquilamente como me era posible, mientras hervía por dentro. Me le aproximé rápidamente con las dos manos cruzadas a la altura de la muñeca: la derecha hacia la izquierda, y tomé la solapa de su gabardina, mientras la izquierda cruzaba a la derecha y tomaba la solapa del otro lado, con los pulgares hacia afuera y los dedos metiéndose en su saco. Antes de que él pudiese subir las manos apreté con fuerza, y mis brazos hicieron de tijera que se abre y mis muñecas se hundieron en su cuello.

No tuvo oportunidad de defenderse. Apenas intentó deshacerse de mi abrazo cuando ya estuvo inconsciente. Habían transcurrido dos o tres segundos, solamente. Le di un último apretón y lo dejé caer.

Lo dejé allí, di la vuelta y fui hasta la puerta del vestuario. Estaba tan furioso que ni siquiera llamé. Di un empujón y entré.